

LAS ELECCIONES DE 1994 Y 1996 EN LA REPÚBLICA DOMINICANA:

COYUNTURA POLÍTICA Y CRISIS POSTELECTORAL
EN EL OCASO DE LOS CAUDILLOS

ERNESTO SAGÁS

*Department of Puerto Rican and Hispanic Caribbean Studies
Rutgers, The State University of New Jersey**

Abstract

This article examines the electoral processes in the Dominican Republic from 1978 to 1996, with particular emphasis given to the 1994 elections, seen as a significant moment in the electoral system. The principle ideas in this article are: firstly, that the elections of 1994 and 1996 were groundbreaking, in the sense that they brought about a reordering of the Dominican political system in 1994; and to a generational change in 1996. Secondly, that Dominican democracy is still weak and lacking institutionalism—we could call it a “semidemocracy”, or “hybrid democracy”—. Thirdly, that the Dominican political system is still caught up in *caudillo* party politics, which delays both its evolution and its transformation. Finally, I believe that the Constitutional modifications made in 1994 did little to improve the quality of the incipient Dominican democracy as they were conceived of only within the limits of an electoral strategy aimed at removing Joaquín Balaguer from the Presidency.

Key words: Dominican Republic; elections 1994-1996; democracy; electoral strategies.

Resumen

Este artículo examina los procesos electorales en la República Dominicana desde 1978 hasta 1996, haciendo énfasis en las elecciones de 1994 como momento coyuntural en el sistema electoral. Las tesis centrales de este artículo son, primero, que las elecciones de 1994 y 1996 fueron elecciones “coyunturales”, es decir, dieron lugar a un reordenamiento del sistema político dominicano en 1994 y a un relevo generacional en 1996. Segundo, que la democracia dominicana es aún débil y carente de institucionalidad en su desarrollo —podríamos llamarla una *semidemocracia* o *democracia híbrida*—. Tercero, que el sistema político dominicano es todavía presa del caudillismo partidista, lo que retarda su evolución y transformación. Finalmente, considero que las modificaciones constitucionales de 1994 hicieron poco para mejorar la calidad de la incipiente democracia dominicana, ya que fueron concebidas dentro de una estrategia puramente electoral con miras a sacar a Joaquín Balaguer de la Presidencia.

Palabras clave: República Dominicana; elecciones 1994-1996; democracia; estrategias electorales.

* Tillet Hall 231, Livingston Campus, 53 Ave. E. Piscataway, NJ 08854-8040.

THE 1994 AND 1996 ELECTIONS IN THE DOMINICAN REPUBLIC:

POLITICAL JUNCTURE AND POSTELECTORAL CRISIS
IN THE DECLINE OF CAUDILLOS

ERNESTO SAGÁS

*Department of Puerto Rican and Hispanic Caribbean Studies
Rutgers, The State University of New Jersey*

Résumé

Ce texte examine les processus électoraux en République Dominicaine de 1978 à 1996, soulignant les élections effectuées en 1994 en tant que moment conjoncturel à l'intérieur du système électoral. Les thèses principales de l'article retiennent premièrement, que les élections de 1994 et 1996 furent de caractère conjoncturel, c'est-à-dire qu'elles ont entraîné une remise en ordre du système politique dominicain en 1994 et une relève des générations en 1996. Deuxièmement, que la démocratie dominicaine est encore fragile et souffre de carences dans son développement institutionnel -on pourrait l'appeler "semi-démocratie" ou "démocratie hybride". Troisièmement, que le système politique dominicain est encore en proie à un "caudillisme" de parti qui retarde son évolution et sa transformation. Finalement, l'auteur considère que les modifications constitutionnelles de 1994 n'ont pas fait grand chose pour améliorer la qualité d'une démocratie dominicaine à ses débuts, car elles ont été conçues au sein d'une stratégie purement électorale, dans le but d'éloigner Joaquín Balaguer de la Présidence.

Samenvatting

Het artikel analyseert de verkiezingsprocessen in het Dominikaans Republiek tussen 1978 en 1996, met speciale aandacht voor de verkiezingen van 1994 als een conjunctuur moment in het electoraal systeem. De eerste stelling is dat de verkiezingen van 1994 en 1996 conjunctureel waren, die een herstructurering van het politiek systeem in 1994 en een generatie vernieuwing in 1996 als gevolg hadden. Ten tweede, dat de Dominikaanse democratie nog zwak is en weinig geïnstitutionaliseerd is en daarom een semi-democratie genoemd kan worden. Ten derde, dat het politiek systeem gevangen zit in de partijdige "caudillismo", welke een remmende factor is op de evolutie en verandering van het systeem. Tenslotte, de constitutionele veranderingen van 1994 hadden weinig effect op de kwaliteit van de Domikaanse democratie, omdat ze ingebed waren in een electorale strategie om Joaquín Balaguer buiten het presidentschap te houden.

Hoy en día, América Latina se puede considerar como una región con inclinación democrática. Con excepción de Cuba, la democracia representativa como forma de gobierno y la transferencia del poder político mediante un proceso electoral imperan como normas en la región. Aun cuando se producen golpes de estado ocasionalmente, el medio de legitimidad política reconocido en la región es el de las elecciones libres y transparentes.

La República Dominicana no ha sido la excepción. Desde 1966 se han llevado a cabo elecciones cada cuatro años en este país caribeño, aunque con sus dificultades e irregularidades. Por ejemplo, las elecciones de 1966 se realizaron bajo una ocupación militar estadounidense, en 1970 y 1974 la mayoría de la oposición se abstuvo de participar, en 1978 hubo una intervención militar para detener el conteo de votos, en 1982 el presidente Silvestre Antonio Guzmán se suicidó pocas semanas antes de entregar el poder, en 1986 las renuncias de miembros de la Junta Central Electoral (JCE) paralizaron el conteo, y en las elecciones de 1990 hubo acusaciones de fraude masivo.¹

Estas frecuentes irregularidades nos llevan a cuestionar el grado de democratización de la República Dominicana —un argumento que podría extenderse a las demás democracias electorales latinoamericanas y caribeñas—. Entre el tipo ideal de la democracia liberal y el autoritarismo puro, hay un gran trecho y muchas posibilidades. Para entender la calidad de la democracia dominicana contemporánea —y cómo se ha llegado hasta ahí— este artículo examinará los procesos electorales desde 1978 hasta 1996,

¹ Existe una amplia bibliografía sobre el tema de las elecciones dominicanas. Algunos de los trabajos más importantes están recogidos en la bibliografía al final de este artículo. Más específicamente, sobre el periodo de los doce años de gobierno de Joaquín Balaguer (1966-1978) véanse Atkins (1981), Castillo (1981), y Kryzaneck (1979); sobre las elecciones de 1982 véanse a Díaz Santana y Murphy (1983); sobre las elecciones de 1986, a Espinal (1990), Hartlyn (1987), y Lozano (1987); y sobre las elecciones de 1990 a Espinal (1991b), y Mariñez (1994). Además, Hartlyn (1998) y Jiménez Polanco (1999) son un par de abarcadores trabajos longitudinales sobre las elecciones dominicanas.

haciendo énfasis en las elecciones de 1994 como momento coyuntural en el sistema electoral. El artículo se divide en cuatro partes. En primer lugar, una breve discusión teórica sobre democracia y democratización en Latinoamérica y el Caribe, y sobre cómo el caso dominicano se enmarca dentro de estos procesos. Luego, un examen de los procesos electorales dominicanos desde la apertura democrática de 1978 hasta las reñidas elecciones de 1990. Tercero, un análisis detallado de las elecciones coyunturales de 1994, poniendo énfasis en las fluctuaciones del balance de fuerzas entre los partidos, el papel de las encuestas, la campaña sucia, la crisis postelectoral y su eventual desenlace pactado. Y cuarto, un análisis de la elección presidencial de 1996, la cual fue un resultado directo del tranque postelectoral surgido de las elecciones de 1994 y se podría considerar como una elección de excepción.

Las tesis centrales de este artículo son, primero, que las elecciones de 1994 y 1996 fueron elecciones coyunturales, es decir, dieron lugar a un reordenamiento del sistema político dominicano en 1994 y a un relevo generacional en 1996, con la elección de Leonel Fernández. Además, la transición de 1994-1996 fue el resultado de tensiones acumuladas en el sistema político desde 1978, año de la última transición política y apertura democrática tras la salida de Joaquín Balaguer del poder. Segundo, la democracia dominicana es una democracia débil y carente de institucionalidad en su desarrollo —podríamos llamarla una *semidemocracia* o *democracia híbrida*.

Esta situación ha sido en parte el resultado de varios factores que incluyen una fuerte tradición caudillista (no sólo desde el poder sino también desde la oposición), autoritaria y pretoriana, la vulnerabilidad del país a presiones externas (incluyendo intervenciones militares), y más importante aún, un semipermanente estado de crisis, donde las soluciones alcanzadas por el liderazgo político tienden a ser *ad hoc*, lo que provoca el debilitamiento de las ya de por sí endebles instituciones.

En este artículo argumentaré además que el sistema político fue hasta recientemente presa del caudillismo partidista, lo que ha retardado su evolución y transformación. Caudillos electorales, como Joaquín Balaguer, manipularon el juego electoral y se

perpetuaron en la lucha por el poder mediante la división de la oposición y el uso del aparato estatal, más el apoyo permanente de una parte del electorado dominicano. Finalmente, considero que las modificaciones constitucionales de 1994 hicieron poco para mejorar la calidad de la incipiente democracia dominicana, ya que fueron concebidas dentro de una estrategia puramente electoral con miras a sacar a Balaguer de la Presidencia.

DEMOCRATIZACIÓN Y DEMOCRACIA

La democratización —por métodos electorales— ha sido un fenómeno ampliamente estudiado en Latinoamérica y el Caribe durante las últimas dos décadas. Este regreso a la vida democrática ha generado una cuantiosa literatura que explica las causas del resquebrajamiento de la democracia, el establecimiento de regímenes autoritarios, su posterior debilitamiento, y la transición y consolidación democrática (Diamond *et al.*, 1999; Linz 1986; O'Donnell y Schmitter, 1986; Schmitter y Whitehead, 1986). Aunque la República Dominicana no figura directamente dentro de esta oleada democratizadora de los setenta y los ochenta, la transición hacia un gobierno más liberal a partir de 1978 logra que ésta se incluya muchas veces en estos análisis.²

La dictadura deja de existir en la República Dominicana desde 1961, año en que fue asesinado el generalísimo Rafael L. Trujillo, quien por treinta y un años (1930-1961) dominó al país como su propio feudo.³ Entonces, la pregunta obligada es: al no haber dictadura ¿existe una democracia en la República Dominicana? La respuesta no es tan sencilla. Entre los extremos de

² La República Dominicana no fue la única excepción a esta tendencia dentro de la región. Debemos incluir también el caso de los países independientes del Caribe inglés, los cuales —en su mayoría— mantuvieron sus democracias parlamentarias y llevaron a cabo elecciones regularmente desde los mismos comienzos de su independencia en los años sesenta y setenta. Éstas, sin embargo, han estado sujetas a problemas de representatividad similares a los que vemos en otros países de Latinoamérica y el Caribe (Maingot, 1986).

³ Los cinco años posteriores al asesinato de Trujillo fueron de altibajos políticos. Hubo elecciones libres (1962), golpes de estado (1963), guerra civil e

democracia y dictadura se dan muchos matices políticos, y es ahí donde colocamos al caso dominicano.

Para Dahl (1971), la democracia —o poliarquía, como prefiere llamarla— requiere de tres elementos indispensables: primero, la competencia real y extensiva entre individuos y grupos organizados (por ejemplo, partidos políticos) por puestos gubernamentales, a intervalos regulares y sin el uso de la fuerza; segundo, un nivel altamente inclusivo de participación política en la selección de líderes y políticas públicas a través de elecciones justas y regulares, sin la exclusión de ningún grupo social de relevancia; y tercero, un nivel de libertades políticas y sociales necesario como para garantizar la integridad de la participación y la competencia política. Hartlyn (1998, 10-11) añade a estos elementos la necesidad de un estado de derecho donde las leyes (o reglas de la competencia política) estén claramente establecidas y los actores políticos las obedezcan. Además, el estado de derecho protege a las minorías y aísla a ciertos poderes (como el poder judicial o el sistema electoral) de las influencias indebidas de actores políticos poderosos. Finalmente, Schmitter y Karl (1996, 50) han acuñado una breve —y por tanto restringida— definición de lo que debe de ser la democracia: “La democracia política moderna es un sistema de gobierno en el cual los dirigentes son tenidos como responsables de sus acciones en la esfera pública por los ciudadanos, los cuales actúan indirectamente a través de la competencia y cooperación de sus representantes electos.” Es obvio que pocos países latinoamericanos y caribeños —incluyendo a la República Dominicana— llenan cabalmente estos requisitos. Por ejemplo, en lo que respecta a la inclusión y competencia real dentro del sistema político dominicano podemos citar una larga lista de elecciones cuestionables y amafiadas, donde la oposición fue intimidada para que no participara (como fue el caso en 1970 y 1974).

En cuanto al disfrute del estado de derecho, y a pesar de los avances logrados desde 1978, la constitución sigue siendo un

intervención militar estadounidense (1965). Sólo a partir de 1966 se logra cierta estabilidad política impuesta por el gobierno con tendencias autoritarias de Balaguer (Lowenthal, 1969).

instrumento legal raras veces respetado y que muchas veces sólo se aplica según determinados criterios políticos. Por lo tanto, el proyecto democrático dominicano debe de ser enmarcado en algún punto transitorio en la escala democrática, siempre bajo el criterio normativo de que presumimos existe el consenso de mejorarla y acercarla más a los modelos ideales ya descritos. Jiménez Polanco (1996, 1999) la describe como una *cuasipoliarquía delegativa*, a manera de resaltar su carácter aún indefinido. El término es una adaptación de la definición de O'Donnell (1999, 164-166) como un sistema donde el presidente se siente con el mandato o derecho a imponer su criterio por encima de todos, y existe muy poca o ninguna responsabilidad suya hacia el pueblo. Este fenómeno no necesariamente hace del sistema una dictadura.⁴ Los presidentes se ven constreñidos por las realidades del poder político y por el límite constitucional a su mandato. Más bien, estaríamos hablando de una *democradura*. Otros prefieren llamarla una *democracia electoral* (donde la participación del pueblo generalmente se limita al acto de votar) y la diferencian de la *democracia liberal*, la cual se acerca más al tipo ideal (Diamond *et al.*, 1999, x-xi).

Por otro lado, Hartlyn critica el uso de términos basados en otros contextos (como el caso de Sudamérica) y que describen tipos de gobiernos más bien transitorios. Su argumento es que en este caso estamos ante un sistema más o menos permanente sin que necesariamente se regrese a la dictadura o se avance hacia la democracia liberal. Basándose en una tradición autoritaria de siglos, la cual fue reforzada por la dictadura de Trujillo, Hartlyn utiliza el término *neopatrimonial* para describir el carácter del sistema político dominicano. Éste se caracteriza, primero, por la concentración del poder político en las manos del dirigente, quien busca reducir la autonomía de sus seguidores mediante el

⁴ Sin embargo, el pensamiento político dominicano de las últimas décadas tiene una gran carga de autoritarismo –tanto dentro de la derecha como en la izquierda– producto de la cultura política autoritaria. Véase, por ejemplo, la justificación que Balaguer (1947) hace del uso de la fuerza por Trujillo y el concepto de “dictadura con respaldo popular” de Bosch (1970) ante su desencanto con la democracia electoral.

uso del clientelismo político, y segundo, por la mezcla de los intereses públicos y privados dentro de la administración, los cuales a veces son difíciles de diferenciar (Hartlyn, 1998, 14-15). Los regímenes neopatrimoniales pueden coexistir con la democracia, pero dificultan su consolidación, dando lugar a las democracias no consolidadas o híbridas.

Existen pues, varios factores que se deben considerar a la hora de clasificar un sistema tan alejado de los modelos ideales como es el caso dominicano. Como hemos visto, los procesos electorales postrujillo no necesariamente llevaron a una institucionalización de la democracia ideal. La próxima sección describe la transición del sistema político dominicano tras la apertura democrática de 1978 hasta su nueva crisis en 1994.

TRASFONDO HISTÓRICO, 1978-1990

En 1978, tras haberse mantenido en el poder durante tres periodos consecutivos (conocidos como Los Doce Años), Joaquín Balaguer y su Partido Reformista⁵ (PR) fueron vencidos por el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) (véase tabla I). La derrota de Balaguer marcó el comienzo de una nueva era en la política dominicana. Tras su fracaso, muchos descartaron a Balaguer como candidato con futuro por su avanzada edad (tenía 71 años entonces), más aún tras ser derrotado de nuevo en las elecciones de 1982. Sin embargo, la gestión administrativa del PRD fue una experiencia traumatizante para el pueblo dominicano. Por un lado, el país disfrutó de amplias libertades políticas y los militares fueron subyugados efectivamente al poder civil, perdiendo su rol preponderante en la política dominicana. Pero por el otro, el país se vio envuelto en una aguda crisis económica, unida a altos niveles de corrupción y a divisiones internas en el PRD (Espinal, 1990). De esta manera, el PRD, dividido y desprestigiado, participó en las elecciones de 1986 con Jacobo Majluta como candidato presidencial. Joaquín Balaguer, ahora regenerado políticamente, venció al PRD por poco más de 40 000 votos.

⁵ Partido Reformista Social Cristiano (PRSC) a partir de las elecciones de 1986.

TABLA 1. Resultados electorales a nivel presidencial, 1978-1996
Por porcentaje del voto

Partidos y Alianzas	1978	1982	1986	1990	1994	1996	1996 (2a. vuelta)
PR(SC)*	42.2	39.2	40.5	33.9	41.9	15.0	—
PR(SC) y aliados	—	—	41.5	35.0	42.3	—	—
PRD**	51.7	46.7	33.5	23.0	39.4	41.0	48.7
PRD y aliados	—	—	38.8	23.2	41.5	45.9	—
PLD***	1.1	9.9	18.4	33.8	13.1	38.9	51.3
PLD y aliados	—	—	—	33.9	—	—	—

Fuente: Hartlyn 1998, 231, 265; Boletines de la Junta Central Electoral.

* Partido Reformista; para 1986 Partido Reformista Social Cristiano. Candidatos: Joaquín Balaguer en 1978, 1982, 1986, 1990 y 1994; Jacinto Peynado en 1996 (no calificó para la segunda vuelta).

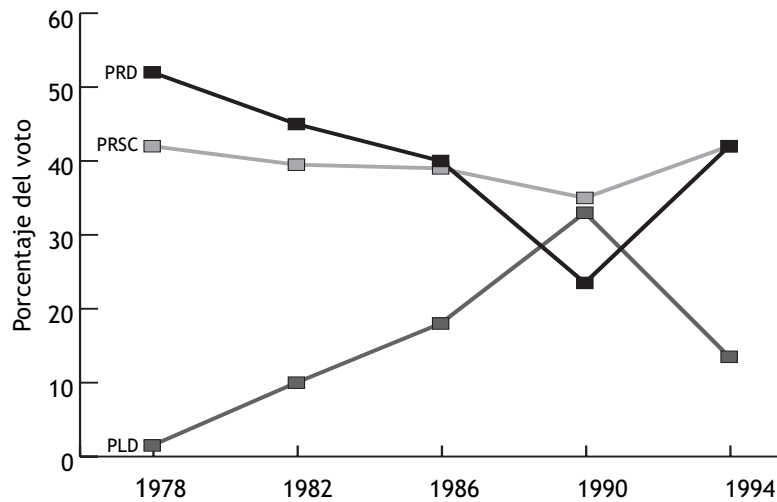
** Partido Revolucionario Dominicano. Candidatos: S. Antonio Guzmán en 1978; Salvador Jorge Blanco en 1982; Jacobo Majluta en 1986; José F. Peña Gómez en 1990, 1994 y 1996.

*** Partido de la Liberación Dominicana. Candidatos: Juan Bosch en 1978, 1982, 1986, 1990 y 1994; Leonel Fernández en 1996.

La década de los ochenta fue también un periodo de cambios entre los seguidores de los partidos políticos dominicanos. Uno de los fenómenos políticos más notables de estos años fue el crecimiento lineal del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), fundado en 1973 por Juan Bosch, tras desligarse del PRD. (Espinal, 1991a, 49). El PLD aumentó su número de votos de 1.1% en las elecciones de 1978, a 33.8% en las elecciones de 1990 (véase gráfica 1). Durante ese mismo periodo, el PRD perdió una parte importante de su respaldo electoral, disminuyendo su votación de 51.7% en las elecciones de 1978, a 23.2% en las elecciones de 1990. Esta tendencia obedeció a varios factores.

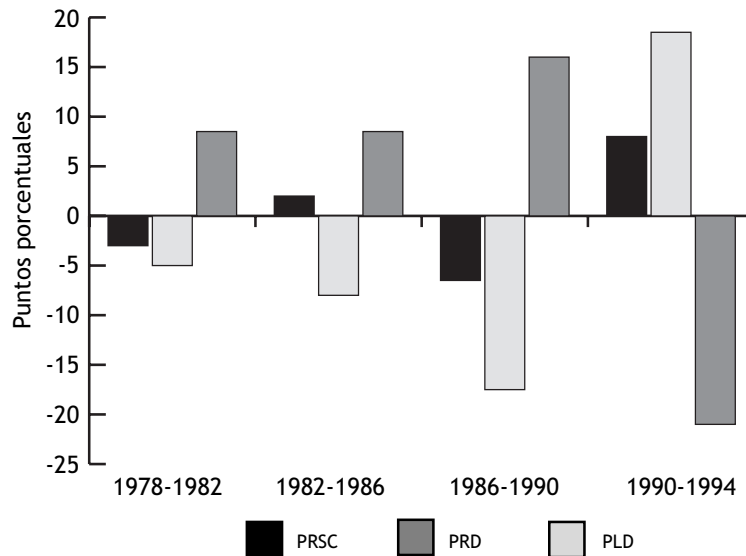
Primero, aunque el PLD comenzó como un partido radical, elitista y urbano, lentamente fue captando el apoyo de las masas urbanas desencantadas por las malas administraciones del PRD

GRÁFICA 1. Resultados electorales, 1978-1994



entre 1978-1986. Más tarde, de los grandes centros urbanos extendió su influencia hacia el sector rural, particularmente en la región del Cibao (en el norte del país). Durante estos años, el PLD hizo un intenso trabajo de captación de simpatías a través de organizaciones populares y sindicatos, lo cual se reflejó en sus victorias en la región este (zona azucarera e industrial) y en el Cibao central (Pérez, 1994). Segundo, el PRD se debilitó por riñas intrapartidistas entre José F. Peña Gómez y Jacobo Majluta, que culminaron con la salida de este último y su creación del Partido Revolucionario Independiente (PRI) en 1989. Esta división contribuyó a restarle aún más votos y prestigio al PRD. Como se aprecia claramente en la gráfica 2, el aumento en votos recibidos por el PLD entre 1978 y 1990 fue prácticamente a costa del PRD. Tercero, las elecciones de 1990 se caracterizaron por una alta abstención del electorado dominicano. Menos de dos millones de votos se contaron y casi 40% de los votantes inscritos no participaron, siendo éste el índice más alto de abstención en años recientes.

GRÁFICA 2. Cambio en el porcentaje de votos obtenidos, 1978-1994



Aparentemente, ante el embate de la crisis económica, muchos dominicanos optaron por emigrar (legal o ilegalmente). En 1990, un total de 42 195 inmigrantes dominicanos fueron admitidos legalmente en los Estados Unidos, casi el doble que el año anterior (Moya Pons, 1994, 6). Y cuarto, para las elecciones de 1990, el PLD era visto como la opción más viable contra una reelección de Balaguer, en un momento en que el ahora llamado PRSC estaba debilitado por su mal manejo de la economía. Bosch, quien en las encuestas estaba empatado con Balaguer en julio de 1989, se encontraba por diez puntos en la delantera para marzo de 1990 (Espinal, 1991b, 142). Por tanto, aunque parte de los que votaron por Bosch permanecieron fieles al PLD, muchos de sus votos fueron “prestados” es decir, vinieron de perredeístas o indecisos que lo veían, en aquel momento, como una mejor opción de cambio. Esta hipótesis fue comprobada por los resultados de las elecciones de 1994, donde los roles del PLD y el PRD prácticamente se invirtieron de nuevo (véase gráfica 2).

Otro fenómeno político de interés en la década de los ochenta fue la estabilidad electoral del PRSC (Espinal, 1991a, 49), aun después de haber sido derrotado en las elecciones de 1978 y 1982 (véase gráfica 1). Aunque el PRSC sufrió un gran revés en 1978 y muchos descartaban la rehabilitación política de Balaguer, el porcentaje de votos obtenidos por el PRSC entre 1978 y 1994 apenas varió en ± 7 puntos porcentuales (en promedio, el cambio fue de 0.02 puntos porcentuales). En otras palabras, el PRSC mantuvo una base de seguidores estable (alrededor de 40% de los votantes), la cual le proveyó un poco más de una tercera parte del voto total, elección tras elección.

Aun cuando aumentó el número total de votantes, el PRSC también aumentó su número de votos. Aparentemente, estos votantes fueron muy difíciles de captar por parte de los partidos de oposición al PRSC, los cuales tuvieron que conformarse con dividirse las dos terceras partes restantes del voto total. En un sistema político multipartidista (pero con tendencias polarizantes) como el dominicano, donde el PLD surgió como una tercera fuerza, esto implica que fue muy difícil para cualquiera de los partidos opositores al PRSC lograr por sí solos el número de votos necesarios para triunfar. Hacia el final de la campaña electoral generalmente quedan pocos indecisos y las lealtades partidistas se refuerzan, las tendencias están bastante bien definidas y los partidos son renuentes a establecer arreglos de último minuto.

Ante esta particularidad electoral, sólo con una oposición unida se pudo derrotar claramente al PRSC, como sucedió en las elecciones de 1978 (donde el PRD obtuvo 51.7% de los votos). Esta fue una amarga lección para el PLD, el cual acudió a las elecciones de 1990 confiado en su capacidad de derrotar al PRSC sin ayuda de partidos afiliados, y perdió (bajo alegaciones de fraude masivo) por un escaso margen de 1.3% de los votos. Por lo tanto, al PRSC le convino una oposición dividida, donde ninguno de sus opositores lograra alcanzar 35% de los votos.

La década de los ochenta también se caracterizó por un hecho muy contradictorio en el sistema electoral: mientras que el número de votantes aumentó dramáticamente, el margen de victoria se redujo en cada elección. De 1978 a 1994, el electorado aumentó en alrededor de 1 300 000 nuevos votantes. Sin embargo,

el margen de victoria se redujo de 9.5% en las elecciones de 1978, a 0.74% en las elecciones de 1994. La participación ha tenido poco que ver con este fenómeno, pues tanto en unas elecciones con alta abstención (1990), como en unas con alta participación (1994), los márgenes de victoria han sido ínfimos. Esta tendencia sugiere una polarización del sistema multipartidista según se acercan las elecciones.

Aunque a partir de 1986 se puede hablar de tres fuerzas en el escenario político dominicano, en realidad sólo dos contaban al momento de las elecciones. Una fue el PRSC, con su $\pm 40\%$ de los votos, y la otra, el partido de oposición en turno. Aunque las fuerzas de la oposición combinadas eran mayoría ($\pm 60\%$), la división de la oposición y la polarización del electorado contribuyeron a mantener en el poder al PRSC desde 1986 hasta 1996, aunque por márgenes cada vez más pequeños. Cada elección desde 1986 hasta 1994 consistió en un enfrentamiento entre Balaguer y el candidato fuerte de la oposición. Este último polarizaba al electorado, pues captaba votos de los otros partidos de oposición o motivaba la abstención de los que no le veían oportunidad a su candidato. Estos factores le permitieron al PRSC mantener estrechos márgenes de victoria, tarea que se le hizo cada vez más difícil con el paso de los años, por el desgaste de la imagen de Balaguer y las alianzas de la oposición.

LA COYUNTURA POLÍTICA DE 1994

Para las elecciones de 1994, tras veintiocho años de elecciones presidenciales ininterrumpidas, se preveían grandes cambios. Se esperaba el cierre de un ciclo político y la eventual llegada al poder de una nueva generación. Estas serían, aparentemente, las últimas elecciones en que participarían los dos viejos caudillos, Bosch y Balaguer. Oponentes políticos desde 1966, ambos ya rebasaban los ochenta años de edad y sus condiciones físicas estaban notablemente deterioradas. Con su eventual salida del escenario político también se esperaba la sustitución del estilo personalista y autoritario de estos caudillos por uno más abierto y participativo. Era, además, la segunda elección en que Peña

Gómez participaba como candidato presidencial por el PRD, tras terminar en tercer lugar en 1990. Sin embargo, las elecciones de 1994 no llenaron las expectativas de cambio anheladas. Al contrario, su desarrollo, resultados, crisis postelectoral, y eventual "arreglo" político, sólo confirmaron que el autoritarismo y personalismo aún estaban íntimamente enraizados en el sistema político.

Las elecciones generales del 16 de mayo de 1994 presentaron características sumamente interesantes. Por una parte, parecían ser una repetición de la contienda de 1990. En ambas participaron los mismos candidatos presidenciales y sus partidos políticos: Balaguer por el PRSC, Bosch por el PLD, Peña Gómez por el PRD, y Majluta por el PRI. Una vez más, la propaganda en los medios televisivos y el mercadeo de los candidatos reafirmaron su importancia como herramientas imprescindibles en cualquier campaña política. Asimismo, y ligadas al mercadeo político, las encuestas también se convirtieron en parte integral del proceso electoral. Esta comercialización de las campañas políticas fue muy evidente, y es un fenómeno que se puede observar en otros países de la región, donde las campañas más bien parecen salidas de una agencia de publicidad y mercadeo. Una vez más, la diáspora dominicana, es decir, los dominicanos residentes en el exterior, jugó un papel vital en la financiación de las campañas publicitarias de los partidos.

Sin embargo, en otros aspectos el panorama político de 1994 fue muy diferente al de 1990. Primero, la correlación de fuerzas de la oposición se desplazó del PLD al PRD. Tras haber sido el partido que más votos obtuvo en 1990,⁶ el PLD quedó en 1994 en un distante tercer lugar. Segundo, la participación del electorado fue masiva. Mientras que en 1990 sólo 60% de los votantes inscritos ejercieron su derecho, alrededor de 87% participó en los comicios de 1994 (Jiménez Polanco, 1996, 24). Tercero, la campaña se centró sobre ataques contra el candidato del PRD, Peña Gómez, basados en el racismo, el antihaitianismo y el ultranacionalismo. Y cuarto, la influencia del sector externo, principalmente los Estados Unidos,

⁶ Aunque el PLD obtuvo más votos que el PRSC en las elecciones de 1990, las alianzas del PRSC con otros partidos minoritarios le dieron la victoria a la candidatura de Joaquín Balaguer por un poco más de 24 000 votos.

jugó un papel determinante. Como veremos más adelante, las conexiones internacionales del PRD y la política exterior de la administración de Bill Clinton fueron un factor de peso en el desarrollo y posterior resolución de la crisis postelectoral.

Las encuestas y las elecciones de 1994

La década de los ochenta también marcó el inicio del uso intensivo de encuestas dentro del sistema político. Las encuestas no sólo son un instrumento de información pública, también funcionaron como guías para trazar estrategias electorales, y más importante, como elementos de propaganda política. Las encuestas no sólo miden la popularidad de los candidatos, sino que también influyen sobre el electorado. La creencia generalizada es que los votantes tienden a escoger los candidatos con oportunidades de ganar, según ellos lo determinan. De aquí que los tres partidos políticos principales promuevan encuestas, en su mayoría en asociación con firmas extranjeras como Gallup, Roper, Hamilton & Staff y Penn & Schoen (lo que les da más prestigio). Los partidos dan amplia publicidad a los resultados de las encuestas para probar que sus candidatos tienen grandes oportunidades de ganar. Sin embargo, también son un arma de doble filo, pues su manipulación con propósitos propagandísticos ha hecho que el electorado dominicano desconfíe de ellas, por considerarlas muchas veces "arregladas".

Los estudios de opinión efectuados periódicamente por la firma Hamilton & Staff⁷ después de las elecciones de 1990 apuntan claramente hacia el fenómeno de los votos "prestados". Tras la derrota por un margen mínimo del PLD en las elecciones de 1990, este partido perdió apoyo entre el electorado. Para 1992, su popularidad había caído a menos de 20% de los encuestados. Obviamente, la

⁷ La Hamilton & Staff (más recientemente Hamilton, Beattie & Staff) es una firma estadounidense, con sede en Washington, D.C., que realiza encuestas y asesorías políticas (véase www.hbstaff.com). Cabe señalar que estas encuestas fueron financiadas por el candidato vicepresidencial del PRSC, Jacinto Peynado. La Hamilton & Staff también asesoró a la campaña de Peynado en materias de estrategia política.

derrota electoral contribuyó a esta declinación, pues muchos seguidores del PLD se sintieron “robados” y frustrados. El PLD también experimentó una crisis interna, con la salida y eventual regreso de su líder máximo Juan Bosch. Finalmente, parte del electorado ya no veía más al PLD como una opción ganadora y pasaron su apoyo al PRD y Peña Gómez, que para 1991 ya tenía el apoyo de más de 35% de los encuestados (Vega, 1994). Como consecuencia, el péndulo volvió a moverse hacia el PRD, el cual recuperó muchos de estos votos peledeístas. De cualquier manera, el PLD ya no se vislumbraba como la opción de triunfo de la oposición a Balaguer para las elecciones de 1994 y en las encuestas se mantuvo siempre en un tercer lugar. La mayoría de la oposición respaldó al PRD, al cual veían con buenas probabilidades de triunfo. De hecho, el PRD se mantuvo como líder, generalmente por un pequeño margen de $\pm 6\%$, aunque al final de la campaña electoral de 1994 estaba casi empatado con el PRSC (Vega, 1994).

La estabilidad de la ventaja del PRD, sin embargo, era pequeña comparada con la del PLD en la elección anterior. La posición electoral del PLD en 1990 era mucho más sólida que la del PRD en 1994, pues aventajaba al PRSC en las encuestas por un 10-11%. Esta cómoda ventaja se esfumó en las últimas semanas de la campaña. Aunque se puede atribuir esta declinación en parte a los errores tácticos cometidos por Juan Bosch durante la fase final de la campaña, tal parece que Balaguer atrajo efectivamente el voto de los indecisos (9-11% del electorado).

En las elecciones de 1982, 1986 y 1990, Balaguer obtuvo 9-11% más de lo que le daban las encuestas.⁸ Esta tendencia se debe a que muchos de los “indecisos” eran en realidad “balague-ristas” potenciales u ocultos, que a última hora votaron por Balaguer (Penn, 1986). A ellos iban dirigidos los lemas de campaña como “Un camino seguro” y anuncios que destacaban las obras del gobierno, pues los indecisos han tendido a ser conservadores. Teniendo esto en cuenta, la ventaja del PRD era solamente rela-

⁸ Esta tendencia parece reafirmarse por el hecho de que se ha dado tanto cuando Balaguer ha sido gobierno (como en 1990, cuando se alegó fraude masivo en los comicios), como cuando Balaguer ha sido candidato de oposición triunfador (como en 1986) y perdedor (como en 1982). Véase a D’Agostino (1992, 52).

tiva, es decir, hasta que los indecisos expresaran su sentir el día de las elecciones. A todas luces, como lo habían indicado las encuestas un mes antes de las elecciones, la victoria de cualquiera de los dos partidos en las elecciones de 1994 sería por un margen muy estrecho.

La campaña y la imagen de los candidatos

Hoy día, el “vender” un candidato al electorado se ha convertido en una ciencia, no muy diferente a la de vender cualquier otro producto en el mercado. En política electoral, la imagen suele ser más importante que el contenido. En este aspecto, el candidato del PRSC, Joaquín Balaguer, llevó las de ganar en la contienda de 1994. Balaguer logró proyectar la imagen de un gobernante experimentado, moderado, estable y (personalmente) limpio de corrupción.⁹ Su figura paternalista había adquirido dimensiones históricas; tal parecía que ya era parte permanente del sistema. Inclusive, los líderes de la oposición respetaron esta imagen y concentraron sus ataques en otros puntos. Además, los indicadores económicos para 1994, aunque no reflejaban bonanza, al menos mostraban una cierta estabilidad económica. Sobre todo si se comparaba la situación económica en 1994 con el caos económico imperante durante el periodo 1986-1990. Por ejemplo, mientras que la tasa del dólar se disparó entre 1986 y 1990 (de 2.90 pesos dominicanos a 8.53 pesos), en el periodo 1991-1994 el dólar se mantuvo sumamente estable (entre 12.50 y 13.00 pesos). De igual manera, la inflación, reflejada en el índice de precios al consumidor, se redujo notablemente a partir de 1992 tras varios años de tasas de inflación de más de 40% anual (Economist Intelligence Unit, 1987, 1992, 1993, 1994). Como presidente en ejercicio, Balaguer también tenía obras y programas para mostrar, mientras que la oposición sólo podía hacer promesas

⁹ A pesar de haberle servido por tres décadas al régimen de Trujillo, y de que tuvo que huir del país en 1962 acosado por las hordas antitrujillistas, Balaguer ha logrado limpiar su imagen de nexos con la dictadura, mientras que conserva el apoyo de los sectores conservadores del país —algunos de ellos trujillistas de corazón.

para captar votos. En este sistema político, el incumbente lleva ventaja, pues además tiene el respaldo del Estado, el cual maneja de acuerdo con sus necesidades.¹⁰

El líder de la oposición, José Francisco Peña Gómez, era un candidato con excelentes credenciales personales y liderazgo carismático, pero a su vez con una imagen política vulnerable. En este aspecto también, su posición en la contienda de 1994 era más débil que la de Bosch en 1990. No sólo por el escaso margen de ventaja que le atribuían las encuestas, sino por el hecho de que su imagen pública era mucho más controversial, lo que sus opositores aprovecharon eficazmente mediante el uso de la llamada campaña sucia. Primero, sus orígenes humildes, su tez negra y su supuesta ascendencia haitiana eran factores en su contra en un país controlado en gran medida por élites de ascendencia europea y unidas por estrechos lazos familiares, y donde Haití y los haitianos son vistos como enemigos históricos (Rosario, 1992; Sagás, 2000). En una encuesta publicada en 1985, 24.03% de los encuestados consideraba que el supuesto origen haitiano de Peña Gómez era su principal problema para aspirar a la Presidencia, mientras que para un 5.85% el mayor obstáculo era el color de su piel (Álvarez Vega, 1985, 35). Según la encuesta Roper de abril de 1994, 30% de los encuestados consideraban que el color y la raza de un candidato eran importantes.¹¹ Ser negro o ser de origen haitiano es ya de por sí problemático —socialmente hablando— para cualquier individuo en la República Dominicana, pero lo es más aún cuando este individuo aspira a ser presidente de la República. Esta imagen ha sido blanco fácil de ataques, en los que se presentaba a Peña Gómez como un “agente histórico” de Haití, con la intención oculta de unificar la isla tras asumir la Presidencia (Jiménez, 1993). También, los opositores de Peña Gómez lo presentaron como el candidato de la discordia al tildarlo de emocionalmente inestable y volátil —su victoria dividiría al país—. Esta estrategia funcionó bien en las elecciones de 1990, cuando se presentó a Bosch en términos parecidos. En el caso de

¹⁰ Por ejemplo, mediante el uso de cuentas especiales manejadas por la Presidencia de la República.

¹¹ “Fusión, tema de campaña”, *Rumbo* 1 (16), 1994, p. 34.

Peña Gómez, se saturó al electorado dominicano con anuncios por televisión donde Peña Gómez aparecía en una (supuesta) ceremonia satánica; donde se preocupaba por el agua del pueblo haitiano (mientras que Balaguer se preocupaba por el agua de los dominicanos); donde agredía e insultaba verbalmente a un miembro de su propio partido; o donde instaba a sus seguidores a quemar al país si algo le sucedía a su persona (Sagás 2000, cap. 5).¹² Frente a sólo dos opciones con posibilidades de ganar, el “camino seguro” o “la inestabilidad”, muchos de los indecisos se inclinaron por la primera.

Este juego de imágenes es, lamentablemente, muy efectivo. Pocos votantes en la República Dominicana se preocupan por conocer el programa ideológico y de gobierno de cada candidato. Y aun los mismos candidatos prefieren jugar el juego de los ataques personales, ya sea como estrategia de ataque o de defensa, reforzando aún más el círculo vicioso de manipulación de imágenes y desinformación. Esto dice mucho sobre la institucionalización del sistema político dominicano, donde todavía las elecciones se ganan con imágenes y lealtades personalistas, con poca o ninguna sustancia.

Cierto es que Peña Gómez enfrentaba mayores retos en 1994 que los que enfrentó Bosch en 1990. Pero no menos cierto es que Peña Gómez y el PRD estaban mejor preparados en 1994, que el PLD en 1990. En 1990, el PLD cometió varios errores que le costaron la victoria, los cuales el PRD trató de evitar en 1994. Primero, Bosch y el PLD fueron a las elecciones de 1990 completamente solos. Irónicamente, aunque el PLD obtuvo más votos que el PRSC, las alianzas de este último le dieron la victoria a la candidatura de Balaguer. En cambio, el PRD logró reunir a varios partidos en la alianza conocida como el Acuerdo de Santo Domingo (ASD), en apoyo a la candidatura de Peña Gómez. Entre estos partidos se encontraba la Unidad Democrática, que postuló a Fernando Álvarez

¹² Uno de los hechos más curiosos de la “campaña sucia”, fue que muchos de los anuncios más injuriosos hacia Peña Gómez provinieron de las filas del PLD, y no del PRSC. Aparentemente, muchos de los militantes del PLD no le perdonaron a Peña Gómez su falta de apoyo hacia los alegatos peledeístas de fraude masivo en las elecciones de 1990 y su reconocimiento de la victoria de Balaguer.

Bogaert¹³ como candidato a vicepresidente. Esta alianza le dio una base de apoyo mayor al PRD y le restó votos al PRSC. Segundo, el PLD no le prestó la debida importancia al sector externo en 1990. En 1994, el PRD contaba con fuertes lazos con organizaciones y gobiernos extranjeros.¹⁴ Además, había hecho un excelente trabajo de relaciones públicas, por lo que Peña Gómez era ampliamente reconocido y respetado en el extranjero como una figura de gran capacidad. Por esto, al momento de darse la crisis postelectoral, el PRD fue capaz de movilizar a la opinión pública internacional a su favor. Y tercero, el PLD no se preparó adecuadamente para enfrentar un posible fraude por parte del PRSC en 1990. Aunque el PLD alegó un fraude masivo por parte de Balaguer, no fue capaz de probarlo. El PRD, por otra parte, estuvo al acecho del fraude, y sus denuncias —las cuales se encargaron de documentar adecuadamente— tuvieron que ser examinadas por las agencias competentes durante el proceso de verificación postelectoral. Asimismo, estas irregularidades fueron denunciadas en publicaciones y foros internacionales, particularmente ante el gobierno estadounidense.¹⁵

Elecciones y crisis postelectoral

El 16 de mayo de 1994 el pueblo dominicano acudió masivamente a votar. De acuerdo con cifras oficiales, más de 80% del electorado

¹³ Fernando Álvarez Bogaert había sido un fiel seguidor de Joaquín Balaguer desde los años sesenta. Molesto al no lograr obtener la candidatura presidencial del PRSC, se alió entonces con Peña Gómez. Uno de los momentos más dramáticos de la campaña de 1994 tuvo lugar cuando Álvarez Bogaert amenazó con revelar intimidades del PRSC. A lo que Balaguer respondió: "si habla, se hunde". Álvarez Bogaert guardó silencio.

¹⁴ Por ejemplo, Peña Gómez era el vicepresidente para América Latina de la Internacional Socialista y sostenía relaciones de amistad con figuras como el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez y otras de similar afiliación, así como con políticos estadounidenses.

¹⁵ Véase el informe rendido por la Comisión de Verificación el 12 de julio de 1994, (*Hoy*, 14 de julio de 1994, pp. 6D-9D). El PRD preparó su propio informe (Peña Gómez y Álvarez Bogaert, 1994), así como la Cámara de Representantes del Congreso estadounidense (U.S. Congress, 1994).

emitió su voto. De hecho, tras cerrar las urnas a las 6:00 p.m., se autorizó inesperadamente una extensión hasta las 9:00 p.m. Los resultados preliminares le dieron una escasa ventaja al PRSC con unos 22 000 votos. Sin embargo, el PRD denunció que a unas 200 000 personas no se les permitió votar, al no aparecer en los registros. Estas y otras irregularidades fueron también reseñadas por observadores extranjeros que supervisaron el proceso de votación, lo que dio lugar a una crisis postelectoral que se extendió hasta principios de agosto de 1994 (Hartlyn, 1994). Durante casi tres meses, la Junta Central Electoral¹⁶ se dedicó al proceso de revisión, conteo y verificación de alegaciones. Finalmente, el 2 de agosto de 1994 se certificó a Joaquín Balaguer como ganador de las elecciones de 1994 con 42.29% de los votos. Esta certificación oficial de la JCE tuvo un fuerte impacto entre la oposición, pues tras meses de incertidumbre, Balaguer era declarado ganador por el único organismo con el poder legal para hacerlo, y ante el cual no había apelación posible. Mediante este fallo, la candidatura de Peña Gómez obtuvo 41.55% de los votos y el PLD, 13.12%.

Regionalmente, el PRD triunfó en Santo Domingo, la línea noroeste, gran parte del suroeste y el este azucarero e industrial, mientras que el PRSC controló el Cibao central, el este ganadero y el Valle de San Juan (véase mapa 1). En el Congreso, los cambios fueron drásticos: la representación del PLD fue prácticamente sustituida por el PRD. El PLD sólo obtuvo un senador y trece diputados, mientras que el PRD obtuvo quince senadores y cincuenta y siete diputados, y el PRSC catorce senadores y cincuenta diputados. A pesar de estos resultados, el gran ganador fue el PRSC. Con el apoyo del PLD lograron la mayoría necesaria en la Asamblea Nacional, la cual ratificó la decisión de la JCE y juramentó a Balaguer el 16 de agosto de 1994 para un sexto periodo

¹⁶ La Junta Central Electoral, al igual que en el pasado, fue el objeto de duras críticas por su inadecuada preparación del proceso y por su actitud ambivalente durante la crisis. Las divisiones dentro del organismo eran evidentes, lo que le restó aún mayor credibilidad. El PRD acusó a miembros de la JCE de estar parcializados y de contribuir a que las elecciones estuvieran viciadas. Aun el propio Balaguer reconoció implícitamente la poca legitimidad del fallo de la JCE al acordar hacer nuevas elecciones en dos años (Díaz, 1994).

constitucional.¹⁷ Esto tras un acuerdo tripartita conocido como el Pacto por la democracia por el cual se convocaría a nuevas elecciones en noviembre de 1995. Sin embargo, esta fecha luego fue cambiada a mayo de 1996, e inclusive algunos partidarios de Balaguer alegaron que éste debía ejercer el mandato por los cuatro años para los cuales fue electo, pues la ley no debía tener carácter retroactivo. En protesta, los congresistas del PRD se ausentaron de la toma de posesión. La Asamblea Nacional también modificó la constitución para introducir el uso de una segunda vuelta electoral (en caso de que ninguno de los candidatos obtuviera más de 50% de los votos en la primera elección), la no-reelección presidencial consecutiva, y elecciones separadas para la Presidencia, los legisladores y las autoridades locales (República Dominicana 1994).¹⁸

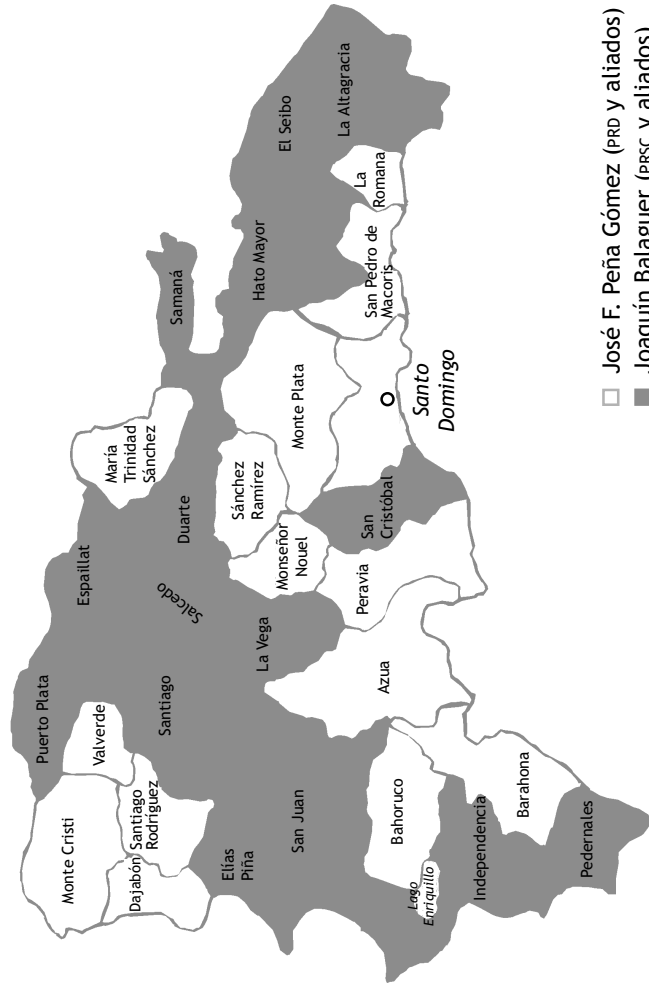
Uno de los aspectos más importantes de la crisis postelectoral fue la influencia de la comunidad internacional, particularmente de los Estados Unidos.¹⁹ Esta influencia giró en torno a tres ejes. Primero, la presencia de observadores internacionales en las elecciones de 1994. Aunque los observadores no llegaron a catalogar

¹⁷ En la República Dominicana, las elecciones se llevan a cabo el 16 de mayo, cada cuatro años, y los candidatos electos toman posesión de sus cargos el 16 de agosto de ese año, Día de la Restauración de la República. Joaquín Balaguer ha sido electo presidente de la República Dominicana en seis ocasiones: 1966, 1970, 1974, 1986, 1990 y 1994. Al momento de ser asesinado el dictador Rafael L. Trujillo en 1961, Balaguer era presidente debido a la renuncia de Héctor B. Trujillo, hermano del dictador y presidente títere del régimen.

¹⁸ Como el periodo presidencial de Balaguer fue recortado a dos años, las siguientes elecciones presidenciales se llevaron a cabo en mayo de 1996. Los legisladores y autoridades locales electos en 1994, sin embargo, se mantendrían en sus cargos hasta 1998, cuando se organizarían elecciones congresionales y municipales.

¹⁹ Estados Unidos ha tenido una gran incidencia sobre los procesos electorales dominicanos. Por ejemplo, las elecciones de 1966 se llevaron a cabo bajo la ocupación militar estadounidense, mientras que en las elecciones de 1978 la administración Carter ejerció presión para que el conteo de votos —interrumpido por militares dominicanos leales a Balaguer— se restableciera. La injerencia estadounidense en los asuntos dominicanos se remonta al siglo XIX, cuando en 1870 hubo planes de la administración Grant para anexionar al país como un estado de los Estados Unidos. Luego, los Marines estadounidenses ocuparon al país entre 1916-1924 y entre 1905-1940, los Estados Unidos controlaron las recaudaciones aduanales dominicanas.

MAPA 1. Elecciones de 1994
Voto presidencial



el proceso como un fraude masivo, en su mayoría denunciaron irregularidades que iban desde problemas técnicos y de organización, hasta la exclusión (deliberada o no) de miles de votantes, circunstancia suficiente como para haber alterado el resultado de las elecciones. Segundo, la campaña de denuncia del PRD y sus afiliados ante gobiernos extranjeros y foros internacionales, ya mencionada anteriormente. Esta campaña fue posible gracias a las excelentes conexiones del PRD con el exterior, las mejores de cualquier partido político en la República Dominicana. Y tercero, la administración del presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, y sus portavoces del Departamento de Estado y la Embajada Americana en Santo Domingo. Este último fue el más importante, tanto durante la campaña, como al darse la crisis postelectoral, por lo que merece un análisis más detallado.

Durante el transcurso de las elecciones de 1994, la preocupación de la administración Clinton no residió solamente en velar por el desarrollo normal de unas elecciones limpias, o por las consecuencias que podría tener para la democracia dominicana una crisis postelectoral. También estaba sumamente preocupada por la crisis política en Haití,²⁰ que comparte la isla de La Española con la República Dominicana. En la República Dominicana, la crisis haitiana se veía desde una perspectiva enteramente diferente. Desde el comienzo mismo del embargo comercial impuesto por las Naciones Unidas a Haití, la administración de Joaquín Balaguer adoptó una política de “acepto, mas no cumplo”. Balaguer alegó “razones humanitarias” para no cumplir fielmente con el embargo. El gobierno temía que, acosados por el hambre y la desesperación, miles de haitianos cruzaran la frontera, donde no existían ni los medios ni la disposición oficial para encargarse de ellos.

²⁰ La crisis haitiana se remonta al derrocamiento del presidente Jean-Bertrand Aristide por parte de los militares haitianos en septiembre de 1991. Su agudización comenzó tras el fracaso del Acuerdo de Governors' Island, luego de meses de negociaciones. A partir de entonces, la presión de los Estados Unidos sobre los militares haitianos se intensificó notablemente, sobre todo con el bloqueo comercial impuesto a Haití. En septiembre de 1994, tropas de Estados Unidos, con el apoyo de las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, invadieron Haití y restauraron en el poder a Aristide.

Por otro lado, altos funcionarios civiles y militares, así como muchos ciudadanos comunes, se beneficiaban de la porosidad de la frontera. El poblado fronterizo de Dajabón, por ejemplo, se convirtió en un gran depósito de gasolina, donde cada noche los contrabandistas cruzaban como sombras el río Masacre hacia Haití (French, 1994b). De igual manera, asociaciones de comerciantes, detallistas y distribuidores se volvieron de la noche a la mañana en fervientes defensores del derecho del pueblo haitiano a comer (productos dominicanos, por supuesto). Finalmente, de ser exitoso el embargo, se reinstalaría en el poder al presidente haitiano Aristide, a quien la administración de Balaguer consideraba *persona non grata* por sus denuncias sobre prácticas esclavistas en la República Dominicana.

Ante este incumplimiento del embargo, los Estados Unidos comenzaron a ejercer presión sobre Balaguer, específicamente a partir de su cuestionada victoria electoral en mayo de 1994. Como resultado, uno de los temas de la campaña electoral fue la supuesta conspiración internacional para unificar a la República Dominicana con Haití, frente a lo cual se presentaba a Balaguer como el candidato idóneo para salvaguardar la dominicanidad y la soberanía nacional (French, 1994a). En la práctica, sin embargo, Balaguer tuvo que ceder ante la presión de los Estados Unidos, quienes utilizaron su cuestionada legitimidad para obligarlo a cumplir cabalmente con el embargo. El Departamento de Estado comenzó cancelando las visas de varios oficiales dominicanos destacados en la frontera, dejando entrever un mensaje muy claro: no se aceptarían brechas en el embargo desde el lado dominicano. Más adelante, altos funcionarios del Departamento de Estado emitieron comunicados en los que deploraban el manejo de los pasados comicios e inclusive pedían elecciones nuevas. Hasta se insinuó que la ayuda estadounidense, así como la cuota azucarera de la República Dominicana, dependerían del acatamiento que se le diera al embargo (Dellums, 1994). Finalmente, Michael Skol, enviado especial de la administración Clinton, se reunió con Balaguer para hacerle saber personalmente la postura de su gobierno. Muy a su pesar, la administración de Balaguer reforzó la vigilancia militar en la frontera. Eventualmente, Balaguer inclusive autorizó la presencia de militares estadounidenses en la zona

fronteriza, quienes ayudaron a sus colegas dominicanos a sellar la frontera. Ante este cambio de actitud, se suavizó la tónica de las relaciones dominico-estadounidenses. La nueva embajadora estadounidense en República Dominicana, Donna J. Hrinak, asistió incluso a la toma de posesión de Balaguer, lo que fue interpretado como un acto que le confirió legitimidad a su nueva administración.

EPÍLOGO: LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 1996

Tras el Pacto por la democracia, la República Dominicana se encaminó hacia su segunda elección presidencial en sólo unos meses.²¹ Los nuevos cambios introducidos en la constitución impedían la repostulación de Balaguer, por lo que su vicepresidente, Jacinto Peynado, fue seleccionado como el candidato del PRSC. Bosch, por su parte, se retiró de la política tras las elecciones de 1994, convirtiendo así a Leonel Fernández —su candidato vicepresidencial en 1994— en el candidato presidencial del PLD. El PRD y sus afiliados del Acuerdo de Santo Domingo volvieron a llevar a Peña Gómez como candidato en el proceso electoral de 1996.

Pronto Peña Gómez y Fernández se vislumbraron como los dos candidatos con mayores posibilidades de triunfo. Peynado no contó con el apoyo activo de Balaguer, quien nunca ha admitido competencia dentro de su partido, y temía que éste pudiera jugar un buen papel en la contienda, retando así su liderazgo dentro del PRSC. Según la mayoría de las encuestas, Peña Gómez y el ASD eran las fuerzas a vencer, y así lo probaron al obtener 45.93% de los votos, frente a 38.94% del PLD, y sólo 14.99% por parte de Peynado. Como ningún candidato obtuvo más de la mitad de los votos, se organizó una segunda vuelta electoral entre Peña Gómez y Fernández para el 30 de junio de 1996.

La campaña electoral rumbo a la segunda vuelta volvió a demostrar el rol preponderante de Balaguer en el sistema político, caracterizado por la influencia de los caudillos electorales. Balaguer no sólo detuvo las aspiraciones presidenciales de

²¹ Para un análisis de la elección presidencial de 1996 véase a Sagás (1997).

Peynado —manteniendo así el control de su partido— sino que también se encargó de determinar el ganador de la segunda vuelta. En un arreglo sin precedentes, Balaguer decidió apoyar la candidatura de Fernández con la formación del Frente Patriótico Nacional (FPN). En un acto multitudinario, el liderazgo del PLD y el PRSC —antiguos adversarios políticos— hicieron pública una alianza electoral en contra de Peña Gómez. Con el apoyo de los reformistas-balagueristas, Fernández ganó fácilmente la segunda vuelta con 51.25% de los votos.²² Balaguer, quien alegó razones de salud para no votar en la primera vuelta, lo hizo con mucha publicidad en la segunda.

Una vez más, Balaguer logró mantener control —aunque ahora reducido— sobre los destinos del país. Primero, detuvo a su adversario Peña Gómez,²³ y segundo, instaló en el poder a un liderazgo joven, inexperimentado, y prácticamente sin poder en el Congreso dominicano (el PLD sólo obtuvo un senador y trece diputados en las elecciones de 1994). A pesar de que la elección de Fernández podría implicar el paso hacia una nueva generación política, con un estilo de liderazgo menos caracterizado por el caudillismo y el personalismo, la presencia e influencia balaguerista en el sistema político siguió siendo un elemento obstaculizador. Balaguer y su partido mantuvieron poder de veto sobre la administración del PLD —la cual necesitaba al PRSC para ver sus leyes aprobadas en el Congreso—, mientras se preparaban para los próximos comicios. Balaguer se volvió figura de consulta obligada para el presidente Fernández, quien se reunía con él periódicamente (en la residencia de Balaguer) antes de implementar

²² En esta ocasión no hubo crisis postelectoral y los resultados de las elecciones se anunciaron en cuestión de horas. Tanto los observadores nacionales como los internacionales coincidieron en que las elecciones de 1996 fueron probablemente las más limpias en la historia de la nación. Aparentemente, el hecho de que Balaguer no fuera candidato esta vez, le dio a la JCE la soltura que necesitaba para organizar unos comicios libres de irregularidades, sin la presión, manipulación, e intervención del poder ejecutivo.

²³ Se ha argumentado que la "campaña sucia" no fue sólo para derrotar a Peña Gómez, sino también a Álvarez Bogaert. Ya para entonces se sabía de la lucha de Peña Gómez contra el cáncer, y aparentemente, el temor entre el liderazgo del PRSC era de que Peña Gómez, en caso de ganar las elecciones, muriera en la Presidencia, siendo sucedido por el ex-reformista Álvarez Bogaert.

alguna medida política de envergadura. Por último, su preponderancia política garantizó inmunidad al PRSC ante posibles cargos de corrupción durante sus pasadas administraciones. Aunque el PLD se ha distinguido tradicionalmente por un discurso moralista, y algunos ex funcionarios reformistas fueron encausados durante la administración de Fernández, los grandes funcionarios de las pasadas administraciones balagueristas no fueron tocados.

Las primeras elecciones congresionales y municipales separadas se llevaron a cabo en mayo de 1998, justo a la mitad del término presidencial de Leonel Fernández. El PRD, sacudido por el súbito fallecimiento de Peña Gómez sólo días antes de las elecciones, obtuvo una impresionante victoria: veinticuatro senadores (de un total de treinta), ochenta y tres diputados (de un total de 149), y noventa y cuatro municipios (de un total de 115) (Sagás, 1999). Dos años después, el PRD logró otro impresionante triunfo con la cómoda victoria de Hipólito Mejía en la elección presidencial del 2000. Estos dos sucesos electorales, de convertirse en tendencia, podrían presagiar la consolidación del PRD como el partido dominante del sistema político dominicano, con el PLD y PRSC como partidos minoritarios de oposición.

CONCLUSIONES

Sin lugar a dudas, las elecciones de 1994 en la República Dominicana —y su acápite en 1996— fueron elecciones coyunturales que transformaron al sistema político dominicano, el cual desde 1978 venía arrastrando taras ya insostenibles. Por una parte, las elecciones de 1994 forzaron un relevo generacional que culminó con la elección de Leonel Fernández en 1996 e implicó la salida del escenario político de los grandes caudillos electorales (con la excepción parcial y temporal de Balaguer). Por otra, la crisis postelectoral tras las elecciones serviría de escenario para la implementación de reformas constitucionales que venían siendo demandadas por diferentes actores políticos y de la sociedad civil desde la transición democrática de 1978. Sin embargo, estos dos sucesos coyunturales no necesariamente han repercutido positivamente dentro del sistema político dominicano.

La elección del presidente Fernández en 1996, el más joven en la historia del país (sólo tenía cuarenta y dos años cuando fue electo), y la de Hipólito Mejía en 2000, parecen ser un importante primer paso hacia un relevo generacional necesario para la institucionalización de la democracia electoral. Las elecciones de 1994 —aunque viciadas por irregularidades que sólo el Pacto por la democracia pudo dirimir— proveyeron la coyuntura política que hizo posible la salida de Balaguer del poder y produjeron cambios en el sistema político —como la no-reelección presidencial consecutiva— que potencialmente podrían encauzar al país por el sendero de la consolidación democrática. Sin embargo, aún falta por ver si la joven generación política que actualmente emerge en medio de estos cambios guiará al país por nuevos caminos o, por el contrario, mantendrá los mismos vicios —como la corrupción y el nepotismo— y actitudes —como el caudillismo y el personalismo— que la generación anterior. Hasta ahora, a pesar de que ambas administraciones han mantenido un clima de respeto por los derechos civiles, las prácticas mencionadas arriba se mantienen como lacras que perturban al sistema.

Las modificaciones constitucionales de 1994 son aún un punto de intenso debate entre los sectores informados de la sociedad dominicana. A pesar de que se implementaron importantes cambios dentro del sistema, la manera en que estas modificaciones se llevaron a cabo dejó mucho que desear. Éstas se hicieron apresuradamente y a través de un “acuerdo de caballeros” entre la dirección de los tres partidos políticos más importantes (PRD, PLD y PRSC), dejando afuera a amplios sectores de la vida nacional —como la sociedad civil—. Hoy en día se está viviendo el nefasto legado de estos improvisados cambios. Por ejemplo, la separación de las elecciones presidenciales de las congresionales y municipales ciertamente ha servido para eliminar el fenómeno de “arrastre”, mediante el cual el peso del candidato presidencial facilitaba la elección de sus compañeros de boleta. Sin embargo, esto obliga al país a organizar elecciones cada dos años, lo que crea un verdadero vendaval electorero del cual apenas hay descanso. Además, como las elecciones congresionales y municipales se llevan a cabo a mitad del periodo presidencial, la composición del congreso puede cambiar abruptamente, afectando negativamente

la gobernabilidad. Éste fue el caso de la administración de Leonel Fernández, la cual se vio enfrentada a partir de 1998 por un congreso dominado por la oposición. Así, las elecciones congresionales y municipales se han convertido en “elecciones de medio término”, las cuales sirven de barómetro de la opinión pública y pronosticadoras de tendencias rumbo a la próxima elección presidencial.

Aun la tan aplaudida medida del sistema de la doble vuelta electoral puede tener repercusiones insospechadas. El hecho de que uno de los candidatos tiene que ganar con más del 50% de los votos, puede dar la impresión de que este gobierno fue electo con un mandato del pueblo. De nuevo, la administración de Fernández sirve de ejemplo, pues éste ganó en la segunda vuelta con el apoyo coyuntural de Balaguer y el PRSC, a pesar de que el PLD era —y es— un partido minoritario. Sin embargo, una vez en el poder, el PLD se comportó como un gobierno que se creía con el amplio respaldo del pueblo, lo cual fue ampliamente contradicho por los resultados de las elecciones de 1998 y 2000.²⁴

Finalmente, vale la pena repasar si ha habido progreso dentro del sistema político con miras a su institucionalización y eventual transformación en una democracia liberal. Entre 1978-2000 el sistema político sufrió grandes transformaciones que, de mantenerse, le auguran un futuro estable a la democracia electoral en el país. Primero, se han dado cuatro cambios de un gobierno incumbente a la oposición: en 1978, 1986, 1996 y 2000. Mientras que en 1978 la entrega del poder fue accidentada, en 1986 fue menos complicada, y en 1996 y 2000 fue sin incidentes. Segundo, ha surgido una tercera fuerza en el espectro político dominicano: el PLD. Desde la caída del Trujillato el sistema político dominicano había sido esencialmente bipartidista; a partir de las elecciones de 1986 podemos realmente hablar de un sistema multipartidista. Esta competencia y diversidad de ofertas políticas son saludables para una democracia joven como la dominicana. Tercero, los niveles de participación han sido relativamente altos. Con la excepción de las elecciones de 1990, la participación del electorado dominicano ha superado 70% en todos los comicios desde 1978.

²⁴ Por su estilo de gobernar, el folclor popular le endilgó al PLD el mote de “los comesolos”.

Por otro lado, hay tendencias dentro del sistema político dominicano que obstaculizan su pleno desarrollo y ponen en peligro al sistema democrático. La primera es la persistencia del caudillismo y el personalismo en los partidos mayoritarios. Los candidatos presidenciales del PRSC, PLD y PRI hasta 1994 fueron siempre los mismos. En el PRD ha habido más alternabilidad, aunque Peña Gómez fue su candidato presidencial en tres elecciones consecutivas y para 1994 se había convertido en un verdadero caudillo electoral cuya autoridad y liderazgo carismático dentro del partido era indiscutible. En el sistema político, los partidos no siempre producen candidatos; al contrario, los candidatos producen partidos. Esta tendencia apunta hacia una posible futura fragmentación de partidos como el PRSC al desaparecer el “líder” o “caudillo” que lo formó. La segunda tendencia la conforman los decrecientes márgenes de victoria entre 1978-1994. Esta tendencia ha dado lugar a elecciones cuestionadas —como en 1994— y puede conducir a situaciones sexplosivas. La introducción de la doble vuelta en el sistema electoral dominicano ha ayudado a solucionar este problema, aunque puede traer nuevas complicaciones.²⁵ La persistencia de irregularidades en el proceso electoral viene a ser la tercera tendencia. El fraude se ha convertido en parte integral de la cultura política; es esperado y sobrellevado como parte del sistema. La depuración del padrón electoral y el proceso de cedulaación de una población electoral relativamente pequeña (cerca de cuatro millones de votantes elegibles) parecen ser obstáculos todavía insalvables. Asimismo, el proceso de conteo de votos se ha caracterizado por ser largo y accidentado. En 1994, le tomó a la Junta Central Electoral casi tres meses declarar un ganador oficial. Estas irregularidades le restan legitimidad a los gobiernos electos y al sistema democrático. La claridad y rapidez del conteo de votos en 1996 y 2000 ofrecen, sin embargo, alentadoras esperanzas de cambios.

La democracia dominicana es una institución joven, pero estuvo por mucho tiempo controlada y manipulada por viejos caudillos. Esto ha obstaculizado el relevo generacional que puede

²⁵ Véase a Espinal y Hartlyn (1995) para más detalles.

ser tan saludable para el sistema. Bosch anunció su retiro tras las elecciones de 1994 y falleció en 2001, mientras que Balaguer se mantuvo activo en la política y hasta corrió como candidato presidencial en las elecciones de 2000. Majluta falleció en 1996 y Peña Gómez en 1998. Pero no fue sino hasta la elección presidencial de 2000 que estos caudillos electorales —excepto Balaguer— fueron reemplazados por nuevas figuras. La gran interrogante del momento es qué cambios se van a dar en el sistema político dominicano tras la desaparición de la figura de Balaguer en julio de 2002, quien —directa o indirectamente— controló el sistema político dominicano durante las últimas tres décadas. Balaguer, el experimentado y sagaz caudillo electoral, logró desplazar a todos sus contendientes, mas en la carrera contra el desgaste provocado por el tiempo no ha triunfado ni el más hábil de los políticos, pues aun el mítico Balaguer terminó en un distante tercer lugar en la elección presidencial de 2000.²⁶

La democracia dominicana ciertamente ha logrado avances notables desde 1978. Particularmente a raíz de la crisis postelectoral de 1994, los cambios implementados en la constitución en ese entonces, y el relevo generacional tras la elección presidencial de 1996, la democracia electoral dominicana se ha consolidado mucho más. Sin embargo, aún dista de ser una democracia liberal. La mayoría de los avances logrados han sido en materia electoral, para hacer al sistema más competitivo y representativo —mas no tan inclusivo—. Estos notables avances no han sido correspondidos por una mayor participación de la sociedad civil en la consulta y toma de decisiones, ni por una mayor institucionalización de las agencias gubernamentales dominicanas. El respeto a los derechos individuales, aunque amplio, aún depende de la clase social del individuo, e instituciones como la Policía Nacional y las Fuerzas Armadas aún son prácticamente intocables. La justicia sigue siendo un poder que, aunque mejorado, es aún débil e irrespetado. Por último, la corrupción y ausencia de una burocracia profesional y estable parecen ser el gran reto para la gobernabilidad en la República Dominicana. De que estas lacras

²⁶ Véase "Old Men in Power", *Economist*, 25 de diciembre, 1993, pp. 69-71.

históricas puedan ser superadas depende en mucho el futuro de la democracia dominicana y el alcance de los logros realizados como consecuencia de las elecciones coyunturales de 1994 y 1996.

E-mail: esagas@rci.rutgers.edu

Artículo recibido el 23/03/02, aceptado 11/07/02

FUENTES CONSULTADAS

- Álvarez Vega, Bienvenido
1985 "Problemas de candidatos", *El Nacional*, 8 de noviembre.
- Atkins, G. Pope
1981 *Arms and Politics in the Dominican Republic*, Boulder, Westview Press.
- Balaguer, Joaquín
1947 *La realidad dominicana: Semblanza de un país y de un régimen*, Buenos Aires, Imprenta Ferrari Hermanos.
- Bosch, Juan
1970 *El próximo paso: Dictadura con respaldo popular*, Santo Domingo, Arte y Cine.
- Castillo, José del
1981 *Ensayos de sociología dominicana*, Santo Domingo, Ediciones Siboney.
1990 *El proceso electoral: Claves e interrogantes*, Santo Domingo, Editora Corripio.
1994 "El comportamiento electoral dominicano", *Rumbo* 1 (16), pp. 42-43.
- D'Agostino, Thomas J.
1992 "The Evolution of an Emerging Political Party System: A Study of Party Politics in the Dominican Republic 1961-1990", presentado en el XVII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), Los Angeles.
- Dahl, Robert A.
1971 *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press.
- Dellums, Ronald V.
1994 "Squeeze the Dominican Republic", *The New York Times*, 24 de julio.

- Diamond, Larry, Jonathan Hartlyn, Juan J. Linz y Seymour Martin Lipset (eds.)
1999 *Democracy in Developing Countries: Latin America*, 2a. ed., Boulder, Lynne Rienner.
- Díaz, Juan Bolívar
1994 "Contradicciones y nuevos giros en la crisis postelectoral", *Rumbo* 1 (26), pp. 38-40, 42-43.
- Díaz Santana, Miriam y Martin Murphy
1983 *The 1982 National Elections in the Dominican Republic: A Sociological and Historical Interpretation*, Río Piedras, Institute of Caribbean Studies, University of Puerto Rico.
- Economist Intelligence Unit, The
1987 *EIU Country Profile 1986-87: Dominican Republic, Haiti, Puerto Rico*, Londres, The Economist.
1992 *EIU Country Profile 1991-92: Dominican Republic, Haiti, Puerto Rico*, Londres, The Economist.
1993 *EIU Country Profile 1992-93: Dominican Republic, Haiti, Puerto Rico*, Londres, The Economist.
1994 *EIU Country Profile 1993-94: Dominican Republic, Haiti, Puerto Rico*, Londres, The Economist.
- Espinal, Rosario
1990 "The Defeat of the Dominican Revolutionary Party in the 1986 Elections: Causes and Implications", *Bulletin of Latin American Research* 9 (1), pp. 103-115.
1991a "Procesos electorales en la República Dominicana 1978-1990." *Caribbean Studies* 24 (3-4), pp. 43-58.
1991b "The 1990 Elections in the Dominican Republic", *Electoral Studies* 10 (2), pp. 139-144.
- Espinal, Rosario y Jonathan Hartlyn
1995 "Los riesgos de la doble vuelta electoral", *Estudios Jurídicos* 5 (1), pp. 91-102.
- French, Howard W.
1994a "A Dominican's 2 Burdens: Haiti and Balaguer", *The New York Times*, 14 de abril.
1994b "Embargo Creates 'Oil Boom' Near Haitian Border", *The New York Times*, 13 de marzo.
- "Fusión, tema de campaña"
1994 "Fusión, tema de campaña", *Rumbo* 1 (16), p. 34.

- Hartlyn, Jonathan
- 1987 "A Democratic Shoot-Out in the D.R.: An Analysis of the 1986 Elections", *Caribbean Review* 15 (3), pp. 14-16, 33-35.
 - 1994 "Crisis-Ridden Elections (Again) in the Dominican Republic: Neopatrimonialism, Presidentialism, and Weak Electoral Oversight", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 36 (4), pp. 91-144.
 - 1998 *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Jiménez, Ramón Darío
- 1993 *La venganza de Peña Gómez: El regreso de Dessalines*, San Juan, Editora El Dominicano.
- Jiménez Polanco, Jacqueline
- 1996 "Las elecciones dominicanas de 1994: El último clivaje de una cuasipoliarquía gerontocrítica y delegativa", *América Latina Hoy*, 2 (13), pp. 17-26.
 - 1999 *Los partidos políticos en la República Dominicana: Actividad electoral y desarrollo organizativo*, Santo Domingo, Editora Centenario.
- Kryzaneck, Michael J.
- 1979 "The 1978 Election in the Dominican Republic: Opposition Politics, Intervention and the Carter Administration", *Caribbean Studies* 19 (1-2), pp. 51-73.
- Linz, Juan J.
- 1986 *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown, and Reequilibration*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Lowenthal, Abraham F.
- 1969 "The Dominican Republic: The Politics of Chaos", en Arpad Von Lazar and Robert R. Kaufman (eds.), *Reform and Revolution: Readings in Latin American Politics*, Boston, Allyn and Bacon.
- Lozano, Wilfredo
- 1987 "Balaguer, 1986-87: Una nueva legitimidad política", *Estudios Sociales* 20 (68), pp. 43-55.
- Maingot, Anthony P.
- 1986 "Citizenship and Parliamentary Politics in the English-Speaking Caribbean", en Paul Sutton (ed.), *Dual Legacies in the Contemporary Caribbean: Continuing Aspects of British and French Dominion*, Londres, Frank Cass.

- Maríñez, Pablo A.
1994 *Democracia y procesos electorales en República Dominicana*, Santo Domingo, Alfa y Omega.
- Moya Pons, Frank
1994 "La migración exagerada", *Rumbo* 1 (10), p. 6.
- O'Donnell, Guillermo
1999 *Counterpoints: Selected Essays on Authoritarianism and Democratization*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter
1986 *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- "Old Men in Power"
1993 "Old Men in Power", *The Economist*, 25 de diciembre, pp. 69-71.
- Penn, Mark J.
1986 "Las elecciones dominicanas", *Listín Diario*, 11 de junio, p. 8.
- Peña Gómez, José Francisco y Fernando Álvarez Bogaert
1994 *Anatomía del fraude electoral. Testimonio preliminar*, Santo Domingo, Editorial Gente.
- Pérez, Bienvenido
1994 Encargado de Prensa, Seccional de los Estados Unidos, Partido de la Liberación Dominicana (PLD), entrevista con el autor en Nueva York, 16 de agosto.
- República Dominicana, Asamblea Nacional
1994 *Constitución de la República Dominicana*, Santo Domingo, El Estudiante.
- Rosario, Esteban
1992 *Los dueños de la República Dominicana*, 2a. ed., Santo Domingo, Servicios Gráficos Oriental.
- Sagás, Ernesto
1997 "The 1996 Presidential Elections in the Dominican Republic", *Electoral Studies* 16 (1), pp. 103-107.
1999 "The 1998 Congressional and Municipal Elections in the Dominican Republic", *Electoral Studies* 18 (2), pp. 282-290.
2000 *Race and Politics in the Dominican Republic*, Gainesville, University Press of Florida.

- Schmitter, Philippe C. y Laurence Whitehead (eds.)
1986 *Transitions from Authoritarian Rule: Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Schmitter, Philippe C. y Terry Lynn Karl
1996 "What Democracy Is ... and Is Not", en Larry Diamond y Marc F. Plattner (eds.), *The Global Resurgence of Democracy*, 2da. ed., Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- U.S. Congress, House of Representatives, Committee on Foreign Affairs.
Subcommittee on the Western Hemisphere
1994 *Recent Elections in the Dominican Republic (Part 1)*. 103rd Congress, 2nd session, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office.
- Vega, Bernardo
1994 "Las encuestas y nuestras elecciones", *Listín Diario*, 12 de mayo, p. 7.